

fueron los primeros en tornar á México, trayendo ricas muestras de las pepitas de oro, no todas las alcanzadas, pues aquellos descubridores vieron también por su particular provecho: con los blancos vinieron algunos nobles de las provincias, quienes no obstante estar sujetos á México, trajeron algunos regalos y se pusieron á disposición de los hombres blancos y barbudos. (1)

Pizarro, joven de veinticinco años, á quien Cortés trataba como pariente, fué nombrado jefe de la expedición á Malinaltepec, algo más cercana á la costa de la mar del Sur que la provincia anterior. Reconocida la tierra y caminando en dirección del nacimiento de los ríos dieron con la provincia de Chinantla, (2) de diversa lengua de la culhua, no sujeta al imperio, con habitantes bárbaros y guerreros, los cuales peleaban con lanzas de veinticinco á treinta palmos de largo. El señor de la tierra, Coatlicamatl, concedió entrada franca á los teules, mas se opuso abiertamente al pase de los méxica; dudaron los castellanos si pasarían solos, y una vez resueltos, fueron admitidos amigablemente. Reconocidos los ríos auríferos, tornaron á Tenochtitlan con muestras de las pepitas, trayendo consigo dos embajadores de Coatlicamatl, con presentes en joyas y ropas, quienes ofrecieron á D. Hernando la amistad de su señor; aquellos bárbaros pedían protección á los extranjeros contra las invasiones de los méxica. Pizarro tornó sólo de su exploración, pues sus compañeros, Barrientos, Escalona el mozo, Heredia el viejo y Cervantes el Chocarrero, agradados del trato de los indios y de la tierra por ser rica y fértil, se quedaron para formar una estancia. (3)

Tercera comisión fué á Tochtepec, doce leguas de Malinaltepec, reconociendo los dos ríos de arenas de oro. Según informaron, la tierra además de rica era abundosa; por esta causa D. Hernando rogó á Motecuhzoma, mandase labrar una estancia en términos del mismo Malinaltepec, la cual debiera ser para propiedad del rey de España. Consintió en ello el emperador, y dos meses después estaban construidas cuatro buenas casas y un estanque con cría de patos, había reunida cantidad de gallinas y aves de corral, con gran-

(1) Cartas de relac. pág. 89.—Bernal Díaz, cap. CII y CIII.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. I.

(2) Los chinanteca quedan hoy dentro del Estado de Oaxaca; Cortés, pág. 90, les llama *tenis*, estropeando la palabra nahoá *tenex*.

(3) Bernal Díaz, cap. CII y CIII.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. I.

des sembrados de maíz, frijoles y cacao, "sin otros aderezos de granjerías, que muchas veces juzgadas por los españoles que las vieron, la apreciaban en veinte mil pesos de oro." (1)

En cuanto á la existencia de un puerto capaz en la costa, Motecuhzoma contestó no saberlo; mas al día siguiente, presentó á Cortés, pintado en un paño, el plano de una parte de la costa del Golfo, señalados los ancones y ríos. Llamó la atención de D. Hernando una caudalosa corriente, situada hacia las sierras de San Martín, en la provincia de Coatzacoalco, (2) y para reconocerla envió al capitán Diego de Ordaz con diez castellanos, entre pilotos y marineros, reunidos á los mensajeros imperiales. Recorrieron desde el puerto de San Juan (hoy Veracruz), en la costa de Chalchiuhcucan, (3) hasta el Coatzacoalco, sondeando en canoas las desembocaduras de los ríos: llegados al Coatzacoalco, como aquella provincia no estaba sujeta á Motecuhzoma, y pocos días antes habían tenido un combate con los méxica, el señor Tochintecuhli (4) resistió dejar penetrar en sus estados á los imperiales; si bien recibió y admitió benévola y voluntariamente á los blancos, dándoles canoas y su cooperación personal y la de sus súbditos para efectuar el reconocimiento del río: encontraronse en la barra más de dos brazas y media de fondo en la baja mar, y navegando doce leguas por la corriente arriba la menor profundidad entre cinco y seis brazas. La tierra era abundante y bien poblada, y cuando la vista estuvo concluida, Tochintecuhli dió á Ordaz un regalo en oro acompañado de una india hermosa, enviando á Cortés ciertos mensajeros con joyas de oro, pieles de tigre, plumajes, piedras finas y ropa, para ofrecerle su amistad y que se le sujetaría pagando cada año el tributo, á condición de no permitir la entrada de los culhua por sus tierras. (5) Así por todas partes, se quejaban los pueblos de las extorsiones de los méxica, apresurándose á ponerse bajo la protección de los poderosos teules.

Agradado Cortés de las noticias recibidas, mandó nuevos explora-

(1) Cartas de relac. pág. 91.

(2) En la edición de las cartas en Lorenzana, se lee Sanmyn, palabra que debiera estar escrita San Min., abreviatura de San Martín. Cortés pone en lugar de Coatzacoalco, las palabras Mazamalco, Quacalco.

(3) Es el Chalchilmeca de Cortés, pág. 92.

(4) Así nos atrevemos á restaurar la palabra Tuchintecla, escrita por Cortés, pág. 92. Bernal Díaz, cap. CIII, le llama Tochel.

(5) Cartas de relac. pág. 92 y sig.—Bernal Díaz, cap. CIII.

dores con los mensajeros de Tochtincuhltli, á quien enviaba en respuesta muy buenas palabras y algunas cuentas de vidrio: tornaron á sondear y reconocer el río, buscando lugar propio para fundar pueblo, y como el señor fuera contento, y aún hiciera construir seis casas en el asiento escogido, los castellanos dieron la vuelta á México. Entónces Cortés mandó á Juan Velázquez de Leon con ciento cincuenta castellanos, á fin de poblar en la orilla del Coatzacoalco, labrando al mismo tiempo una fortaleza. (1) Aunque esto tenía lugar hácia el mes de Abril, separar la tercera parte de la fuerza para una colonia muchas leguas distante de México, arguye en D. Hernando excesiva confianza en su posición.

No olvidó Cortés informarse de la provincia de Pánuco, de la cual recibió las primeras noticias por los soldados y el indio de la nave de Garay aprisionados en la costa de la Villa Rica. Hablado al intento Motecuhzoma proporcionó unos intérpretes huasteca que tenía, los cuales con el indio prisionero fueron á decir al señor de Pánuco, de parte de Cortés, tuviese á bien sujetarse al rey de Castilla. Aquellos mensajeros tornaron con un embajador del Huastecapan, trayendo piedras finas, ropas y plumajes, diciendo de parte de su señor como era contento en reconocerse por vasallo y amigo de los blancos; recibieron en respuesta algunas de las cosillas de Castilla, regresándose para su tierra muy contentos, y tanto, que después dieron noticia á Cortés de la presencia de las nuevas naves de Francisco de Garay. (2)

Mientras pasaban estos sucesos, el disgusto contra los invasores comenzaba á fermentar, una vez pasada la primera impresion, y á medida que los blancos iban dando rienda suelta á sus excesos. Por entónces quien se puso al frente de aquella reaccion fué Cacamatzin, señor de Acolhuacan, el mismo sobrino de Motecuhzoma que había opinado en el consejo por recibir de paz á los teules, como embajadores de un gran rey. Las causas que le arrojaban por aquel camino eran públicas y privadas: la prision del emperador; la toma del tesoro de Axayacatl, la muerte de Cuauhopoca y de sus nobles compañeros, los desmanes cometidos diariamente por los castellanos, á lo cual se unía la reciente muerte de su hermano Nezahualquen-

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 93.—Gomara, Crón, cap. XC.

(2) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 44-45.

tzin. En México había comunicado sus proyectos á los guerreros, quienes se habían negado á seguirle, pues acostumbrados como estaban á la obediencia ciega y pasiva de su señor, nada se atreverían á hacer sin su expreso mandato; por esta causa y temiendo ser preso, había huido secretamente á Texcoco, capital de sus estados. Aquí trató del asunto con sus hermanos Coanacochtzin é Ixtlilxochitl; Coanacoch era enemigo suyo, aunque solapado, porque pretendía ser rey; Ixtlilxochitl era el príncipe rebelde, causa de la guerra civil en Acolhuacan, el primero que había solicitado la amistad de los extranjeros para apoderarse á su salvo del trono de su hermano: ambos no obstante aparentaron adoptar los planes de Cacamatzin. Consultados los guerreros acolhua, algunos le representaron los peligros de la empresa, principalmente fundados en la valentía de los teules; la mayoría opinó por la guerra, en cuya consecuencia se procedió á reunir el ejército. Cacamatzin invitó á los señores de Coyoahuacan y de Matlatzinco, parientes inmediatos de Motecuhzoma, á Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, y á Cuitlahuac hermano del emperador y señor de Iztapalapan. Como sucede siempre al tratarse de derrocar una autoridad legítima, los conjurados, antes de alcanzar victoria, se enconan por motivo de dividir los despojos: aquellos señores no pudieron entrar en acuerdo. El de Matlatzinco pretendía para sí la corona de México, no obstante ser en menoscabo de los herederos legítimos: Cacama no podía consentirlo, siquiera por conservar su lugar correspondiente en la triple alianza; los jefes mexicana, dispuestos á no combatir sin licencia de su soberano, tampoco ayudarían á la preponderancia del rey acolhua: imposible de hermanar tan encontrados intereses. Cacamatzin en vista de semejantes dificultades determinó obrar por su propia cuenta. (1)

El rumor de los aprestos militares llegó prontamente á México; Motecuhzoma lo comunicó á Cortés, quien era ya sabedor de ello. El emperador envió prevenir á Cacamatzin cesara en sus aprestos y fuera amigo de los blancos; mas el acolhua respondió con desprecio: una y dos veces le mandó mensajeros D. Hernando para disuadirle, recordándole la obligacion que debía al rey de Castilla, á lo cual contestó: "que ni conocía á rey ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tío." (2) Agotados los me-

(1) Bernal Díaz, cap. C.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim., cap. 86, MS.

(2) Bernal Díaz, cap. C.

dios pacíficos, D. Hernando, para castigar al *rebelde* contra el rey de Castilla y contra Motecuhzoma, intentó llevar sus soldados, ayudados de los guerreros méxica para combatir á Texcoco; opúsose el emperador, haciendo observar ser el reino alcohua de mucho poderío, y no poderle rendir sino á fuerza de gran efusion de sangre y con mucho peligro. Deshechado el medio, Cortés pidió remedio para el caso, ofreciendo á Motecuhzoma le daría la libertad, tal vez para explorar mañosamente si tenía parte en el complot; la oferta conocidamente falsa fué rehusada como siempre, mas para dar pruebas el monarca de su adhesión á los blancos, puso por obra la falsía. Al efecto, mandó llamar á su sobrino, previniéndole viniera á su presencia: Cacamatzin no cayó en el lazo, previo un consejo de sus capitanes, ni acudió al llamado y con palabras duras repugnó la alianza de los blancos. (1)

Semejante resistencia enojó á Motecuhzoma, teniéndola por desprecio á su soberana voluntad; así, dió su sello real á seis capitanes de su mayor confianza, los proveyó de joyas y les ordenó fuesen á Texcoco, se pusiesen de acuerdo con los descontentos, se apoderasen de Cacamatzin y preso le trajeran á México. Los emisarios méxica encontraron eficaz apoyo no sólo en los partidarios de la paz, sino en los mismos príncipes Coanacoch é Ixtlilxochitl; con pretexto de llevar las fuerzas reunidas en Oztoticpac á lugar más ventajoso, Cacamatzin fué conducido al palacio de Tepetzinco para celebrar un consejo. Aquel palacio, construido á la orilla del lago, tenía un canal que penetraba debajo de las piezas; reunidos los conjurados se apoderaron del rey acolhua y de cinco de sus principales nobles, los pusieron ocultos bajo el toldo de una canoa y haciendo fuerza de remos llegaron bien pronto al desembarcadero en la parte oriental de la isla. Tomada tierra, Cacamatzin fué puesto en unas ricas andas, como rey que era, y conducido en hombros de los nobles fué llevado á la presencia de Motecuhzoma; reconvínole éste por su proceder, mas él no perdió la entereza y con palabras desabridas le echó en cara su afeminada cobardía: furioso el emperador entregó su sobrino en manos de D. Hernando. Dióle éste las gracias por tamaña merced, gracias que tuvo motivo para repetirle muchas veces, pues dentro de ocho días, también por traiciones es-

(1) Cortés, Cartas de Relac. pág. 95.—Bernal Díaz, cap. C.

tuvieron en poder de Cortés el rey Totoquihuatzin de Tlacopan, Cuitlahuac, hermano del emperador, el señor de Coyohuacan y otros nobles, todos los cuales fueron puestos "*en la cadena gorda*," es decir, en aquella cadena gruesa mandada construir en la Villa Rica y traída despues á México. (1) Así, aquel miserable emperador se tornaba en vil instrumento de sus carceleros, y por medios reprobados entregaba á cuantos sentían arder en el corazón el amor de la patria.

Entre Motecuhzoma y Cortés dieron por depuesto del trono á Cacamatzin, nombrando rey de Acolhuacan á Cuicuitzcatzin, (2) hermano menor del desposeído, joven refugiado en México al lado de su tío el emperador, muy á propósito para cumplir los mandatos de sus electores. Motecuhzoma envió dos embajadores á Texcoco para participar la elección; fué en seguida Cuicuitzcatzin, acompañado de algunos principales méxica y de ciertos soldados castellanos, quedando recibido como tal rey en medio del aplauso de los amigos de los blancos. El Mapa Tlotzin no enumera á Cuicuitzcatl entre los soberanos de Acolhuacan, ya por no ser legítimo en la manera de suceder y ser elevado al trono, ya por estar vivo todavía el verdadero rey; ya por haberle repugnado el sentimiento nacional: este primer monarca de burlas nombrado por los blancos, recibió el bautismo, llamándose D. Carlos. Gráfico es el retrato de esta persona hecho por el conquistador en estas breves palabras: "y él fué obediente en todo lo que yo de parte de V. M. le mandaba." (3)

Por un concurso de circunstancias, aprovechadas con la gran sagacidad peculiar á D. Hernando, éste era dueño en aquel momento de las monarquías de Anahuac. Motecuhzoma, impulsado por la superstición se le había entregado sin resistencia; retenido ahora por el miedo le pertenecía en cuerpo y alma con su persona, familia y tesoros. La cadena gorda retenía presos á los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan, juntamente con los señores principales de algunos de los señoríos del Valle. Contaba con la firme amistad de los tlaxcalteca y de los totonaca, recibiendo además de muchas pro-

(1) Cartas de relac. pág. 94 y sig.—Bernal Díaz, cap. C.—Gomara, Crón. cap. XCI.—Herrera déc. II, lib. IX, cap. II y III—Torquemada, lib. IV, cap. LVI y LVII. Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 86. MS.

(2) De *cuicuitzcatl*, golondrina.

(3) Cartas de relac. pág. 96.

vincias, promesas de sujecion y de reconocimiento. Así, el poder de la triple alianza estaba vencido, sus instituciones despedazadas, echadas por tierra; rotos los lazos que retentaban á los pueblos y quebrantada la unidad del imperio; avasallados los ánimos por el influjo religioso y el miedo á los poderosos teules: todavía debemos contar con la rebelion de Ixtlilxochitl, y con la cooperacion de cuantos no amaban á la patria y pensaban sacar provechos á la sombra del extranjero.

El momento no podía ser más propicio, y aprovechándole Cortés exigió de Motecuhzoma se reconociese vasallo del rey de Castilla; las razones aducidas por el conquistador consistían, en que dos veces por medio de sus embajadores le había ofrecido pagar tributo al rey de Castilla, á quien ya conocía como un gran señor á quien daban parias muchos y grandes príncipes; aquel tributo prometido estaba aceptado, más para poder recibirle, preciso era rendir la obediencia á quien debía entregarse. (1) Semejante singular pretension no debía coger de nuevo á Motecuhzoma; pero al escucharla debió sentir todo el peso de la fatalidad cumplida. No pudiendo resistir á lo determinado por las profecías, convocó á todos los nobles de los tres reinos, y cuando estuvieron reunidos, á cabo de diez dias, les tuvo en una larga conferencia, á la cual no asistieron los castellanos, fuera del espía Ortegulla; y en ella les persuadió cuanto mejor pudo la necesidad de someterse á los blancos; todos aceptaron la resolucion, más que por ser sentimiento religioso, por ser mandato del emperador.

Al dia siguiente reunidos en una gran sala del cuartel, sentados en sus solios, en medio Motecuhzoma y á los lados Cacamatzin y Totoquihuatzin, á quienes se hacía asistir aunque presos; puesto en lugar preferente D. Hernando y siguiendo por sus categorías, la nobleza india y los castellanos, en medio del mayor silencio tomó la palabra el emperador y dijo pausadamente: "Hermanos y amigos míos, ya sabeis que de mucho tiempo acá, vosotros y vuestros padres y abuelos, habeis sido y sois súbditos y vasallos de mis antecesores y míos; é siempre de ellos y de mí habeis sido muy bien tratados y honrados; é vosotros asimismo habeis hecho lo que buenos y leales vasallos son obligados á sus naturales señores; y tam-

(1) Bernal Díaz, cap. CI.

bien creo, que de vuestros antecesores terneis memoria, como nosotros no somos naturales de esta tierra, é que vinieron á ella de otra muy léjos, y los trajo un señor que en ella los dejó, cuyos vasallos todos eran; el cual volvió dende á mucho tiempo, y halló que nuestros abuelos estaban ya poblados y asentados en esta tierra, y casados con las mujeres de esta tierra y tenían mucha multiplicacion de hijos, por manera que no quisieron volverse con él, ni ménos lo quisieron recibir por señor de la tierra: y él se volvió y dejó dicho, que tornaría é embiaría con tal poder que los pudiese constrenir y traer á su servicio. E bien sabeis que siempre lo hemos esperado, y segun las cosas que el capitán nos ha dicho de aquel rey y señor que le embió acá: y segun la parte de dó él dice que viene, tengo por cierto y así lo debeis vosotros tener, que aqueste es el señor que esperábamos: en especial que nos dice que allá tenía noticia de nosotros. E pues nuestros predecesores no hicieron lo que á su señor eran obligados, hagámoslo nosotros y demos gracias á nuestros dioses, porque en nuestros tiempos vino lo que tanto aquellos esperaban. Y mucho os ruego, pues á todos es notorio todo esto, que así como hasta aquí á mí me habeis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengais y obedezcais á este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengais á este su capitán: y todos los tributos y servicios que fasta aquí á mí me hacíades, los haced y dad á él, porque yo así mismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare: y demas de facer lo que debeis y sois obligados, á mí me hareis en ello mucho placer." (1)

En aquel punto abundantes lágrimas y sollozos le embargaron la voz; de dolor y de vergüenza lloraba desconsoladamente, y reyes y señores lloraban tambien, causando su pena gran compasion á los mismos castellanos, muchos de los cuales sintieron humedecerse los ojos. Duró gran rato el llanto, y una vez sosegado, cada uno fué prometiendo la obediencia al monarca español, sujetándose á las órdenes que á nombre de éste les fueran comunicadas y prometiendo pagar el tributo. Presente al acto como escribano estuvo Pedro Fernández, á quien Cortés pidió por testimonio la relacion de lo acaecido, recogiendo el documento en guarda de su derecho. Los nobles

(1) Cartas de relac. pág. 96 y 97.—Hemos preferido el texto de Cortés, si bien un tanto difuso, por ser en nuestro concepto el más autorizado.